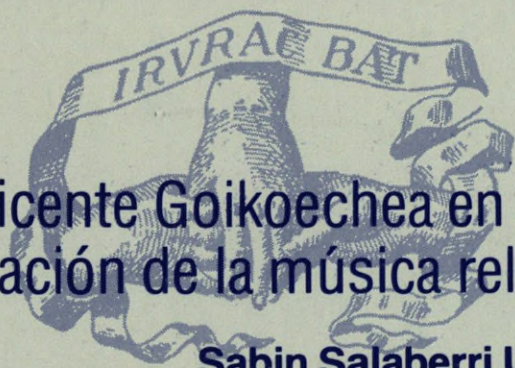


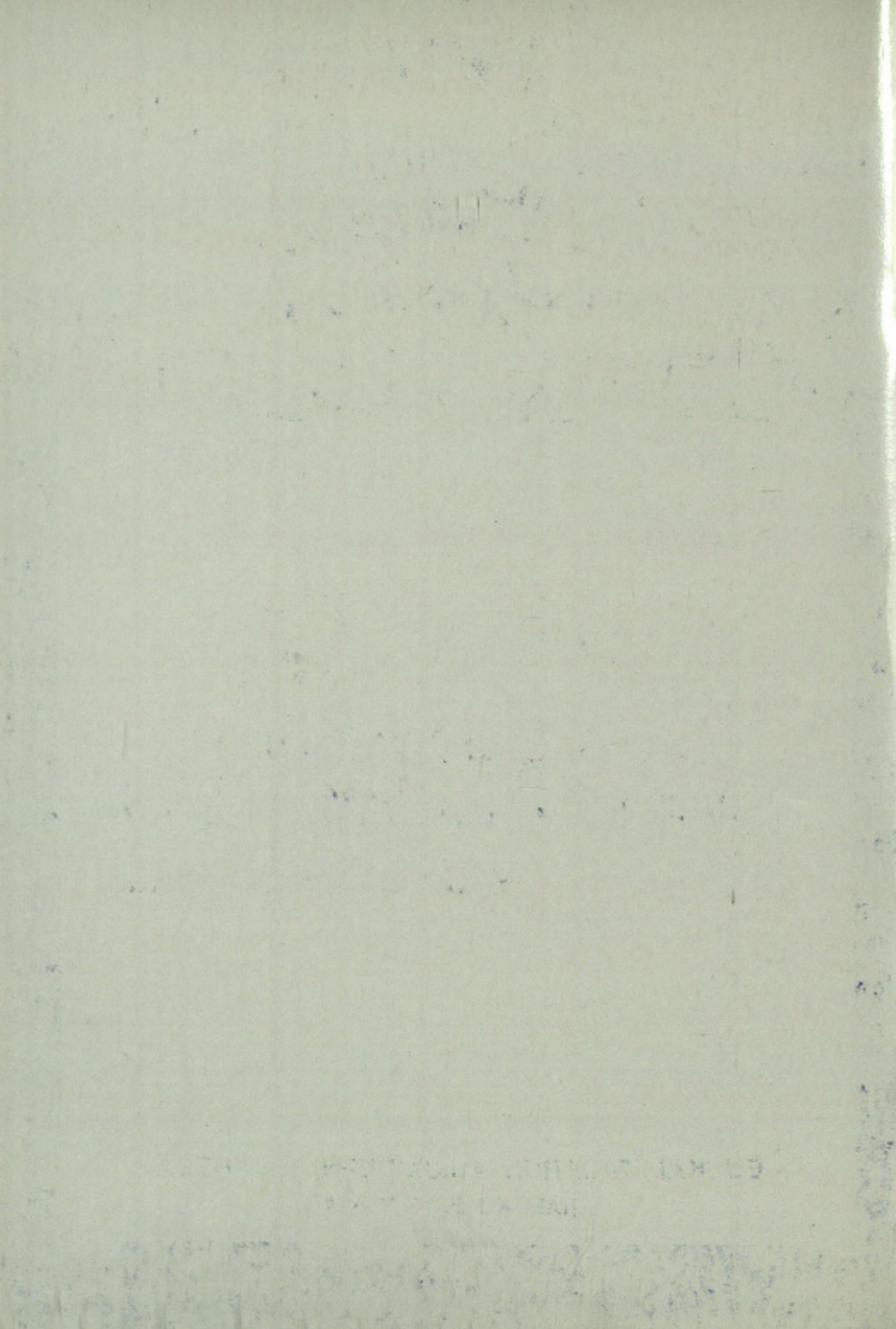
REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS
COMISION DE ALAVA



Vicente Goikoechea en la
renovación de la música religiosa

Sabin Salaberri Urcelai

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA
ARABAKO BATZORDEA



Elkarteko bazkide egurgarriok, Jaun-andreok:

Poz sunci bat sentitzen dut Euskalerraren Adiskideen Elkartearen sartzeari: nire lehen hitzak poz hau adierazteko nehi dute izan. Askok zer dio Elkarteari? Euskalerraren kulturak eta ongiztasunak, ohore pozgarria da niretzat Elkarte honen kidezat onartu izatea. Adiskideenak ematen ditzkuzet. Eta bide batez nehi bat adierazten dudan alde lanetan eten gabe jarrai dezagula, gure amtzinak.

Vicente Goicoechea

en la renovación de la música religiosa

L INTRODUCCION

El 22 de octubre de 1915, en la parroquia de Aramaiona las más destacadas personalidades del País. Encabezados por representantes de las Diputaciones y de obispos, asistieron delegaciones de ayuntamientos e instituciones culturales, señores y dignidades eclesiásticas, hombres de letras y músicos procedentes de todos los puntos del País. Se trataba de rendir un merecido homenaje a un bondadoso sacerdote, hijo del valle, de alma grande y actitud modesta, cuya vida había transcurrido en su mayor parte lejos de su pueblo natal.

Pocos meses antes, el día 9 de abril, había muerto en Valladolid Vicente Goicoechea y Errasti, maestro de capilla y canónigo de la catedral de esta sede metropolitana. El indiscutido maestro, extremadamente modesto, amante de la soledad y del silencio, que nunca había aceptado en vida una señal de aplauso y veneración, recibía ahora uno de los más solemnes homenajes que el País dedicaba a uno de sus hijos.

La destacada personalidad de Goicoechea había sido perfectamente descrita poco antes por su discípulo el P. Nemesio Otaño, con ocasión de su nombramiento de Canónigo de la catedral de Valladolid. En el número de abril de 1915 de la revista *MUSICA SACRO-HISPANA* escribió el eminente jesuita,

Vicente
Goicoechea
en la renovación
de la música
religiosa

Elkarteko bazkide agurgarriok. Jaun-andreok:

Poz aundi bat sentitzen dut Euskalerrriaren Adiskideen Elkartea sartzean; nire lehen hitzak poz hau adierazteko nahi dute izan. Asko zor dio Elkarteari Euskalerrriaren kulturak eta ongitasunak; ohore pozgarria da niretzat Elkarte hontan kideztat onartua izatea. Esker eta águr beroenak ematen dizkizuet. Eta bide batez nahi bat adierazten: Euskalerrriaren alde lanean eten gabe jarrai dezagula, gure aintzinakoek egin zuten bezala.

I. INTRODUCCION

El 22 de octubre de 1916 se reunían en el bello rincón de Aramaiona las más destacadas personalidades del País. Encabezados por representaciones de las Diputaciones y de organismos oficiales, acudieron delegaciones de ateneos e instituciones culturales, obispos y dignidades eclesiásticas, hombres de letras y músicos procedentes de todos los puntos del País. Se trataba de rendir un merecido homenaje a un bondadoso sacerdote, hijo del valle, de alma grande y actitud modesta, cuya vida había transcurrido en su mayor parte lejos de su pueblo natal.

Pocos meses antes, el día 9 de abril, había muerto en Valladolid Vicente Goicoechea y Errasti, maestro de capilla y canónigo de la catedral de esta sede metropolitana. El indiscutido *maestro*, extremadamente modesto, amante de la soledad y del silencio, que nunca había aceptado en vida una señal de aplauso y veneración, recibía ahora uno de los más solemnes homenajes que el País dedicaba a uno de sus hijos.

La destacada personalidad de Goicoechea había sido perfectamente descrita poco antes por su discípulo el P. Nemesio Otaño, con ocasión de su nombramiento de Canónigo de la catedral de Valladolid. En el número de abril de 1915 de la revista MUSICA SACRO-HISPANA escribía el eminente jesuita.

"Nadie ignora que en la catedral de Valladolid regenta la capilla de música un maestro que, no obstante su constante empeño en esconderse tras el atril, no ha podido evitar que España entera se hiciera cargo de su valer y competencia. Pocas son las obras que ha publicado este benemérito maestro; pero he podido comprobar que, al juzgarlas, las revistas extranjeras de todas las naciones las han señalado a la admiración y, con uniformidad extraña, han llamado a su autor "jefe de la joven, gloriosa escuela española de música sagrada". El autor no es, por desgracia, joven; pero los jóvenes le consideramos nuestro jefe y nuestro maestro, porque en él aprendemos lo antiguo y lo moderno, la técnica y la inspiración, la gravedad y elevación y, sobre todo, la unción religiosa y la lozanía y juventud de esas obras, escritas en plena madurez de talento y de edad. El es nuestro jefe espiritual en arte: ningún plebiscito ha hecho este nombramiento; ningún periódico lo ha proclamado. Somos nosotros los que en nuestro interior le hemos erigido como maestro al estudiar sus obras. Y los que hemos sido tan afortunados que hemos podido recoger sus enseñanzas de sus labios, demasiado avaros en prodigarlas, no por falta de caridad, sino por exceso de humildad, sabemos muy bien que nadie como él puede ser jefe indiscutible de la joven escuela española. Su personalidad es algo que yo no he podido encontrar ni en las escuelas cecilianas alemanas e italianas, ni en las orientaciones de la "Schola" de París, ni en las demás escuelas más o menos caracterizadas del moderno resurgimiento musical religioso.

"Su manera no es la austeridad enjuta del cecilianismo tradicional de los países alemanes, fundada en los clásicos de la Edad de Oro; es más moderna y atrayente. Mas no es moderna como el preciosismo de la escuela francesa, ni con el lujo desbordante polifónico-tonal de los modernísimos cecilianos alemanes. La manera propia de nuestro maestro es, en su arte como en su vida, la prudencia, la sobriedad cristiana; grande interiormente, llena de amor y vida íntima y más cuidadosa de "ser" que de "parecer"...

"Nuestro maestro me perdonará que, siendo por un momento discípulo desobediente, hable de él aun a trueque de ganarme una áspera reprensión. Siempre el bien particular ha de subordinarse al general, y hoy su nombre es público, y públicamente ha de comentarse".

"El Sr. Cardenal de Valladolid, que ha conocido profundamente las cualidades que acabo de recordar de su maestro de capilla, D. Vicente de Goicoechea, ha leído las opiniones de la prensa profesional, que a una voz proclamaban "ilustre maestro" al maestro de su catedral... Ha interpretado la voz de los Congresos de una manera fidelísima... En sus facultades estaba premiar a un maestro que honraba su cargo, nombrándole canónigo de la misma santa Iglesia Catedral de Valladolid".

“Creemos que interpretamos fielmente la voz y opinión de nuestros Congresos al enviar desde estas columnas un aplauso al eminentísimo Cardenal de Valladolid por su feliz iniciativa, y una enhorabuena cordialísima al ilustre ex-maestro de la catedral de Valladolid D. Vicente Goicoechea, hoy “muy ilustre” Canónigo de aquella Sede Metropolitana”.

El P. Otaño conoció muy de cerca a Goicoechea; la descripción que nos da de él no puede ser más exacta: hombre modesto, sacerdote ejemplar, trabajador tenaz, músico competente y artista inspirado. Expone el concepto que del maestro tenían cuantos lo conocían, haciendo constar que su fama había traspasado las fronteras españolas. Escribió estas líneas en abril de 1915, un año exacto antes de su muerte; el maestro murió en abril del siguiente año.

II. INFANCIA Y JUVENTUD DE VICENTE GOICOECHEA

Vicente Goicoechea y Errasti nació en Ibarra de Aramaiona el día 5 de abril de 1854. Su padre, Ignacio Goicoechea y Usaola, natural de Ochandiano, poseía en la plaza de Aramaiona un taller de ferrería y la mejor fonda del pueblo. Eran los años en que los balnearios de Aramaiona y Santa Agueda atraían a próceres como D. Antonio Cánovas del Castillo. Ignacio estuvo casado dos veces. En primeras nupcias con Agustina Isasi-Isasmendi, con la que tuvo cuatro hijos, uno de los cuales fue Gabriel, su hijo predilecto. Agustina murió al quinto año del matrimonio. Tras diez años de viudedad, Ignacio contrajo segundas nupcias con Josefa Errasti Zubizarreta, con la que tuvo otros cuatro hijos: Angela, Vicente, Francisca y Lucía. Angela fue la única hija de Ignacio que tuvo descendencia: de su matrimonio con Manuel Valdés nacieron Julio, Ignacio y Alejandro.

Ignacio Goicoechea participó intensamente en la vida pública de Aramaiona. Organizador de actividades a nivel de vecindad, de parroquia y de municipio, presidió con frecuencia comisiones que acudían a Vitoria, para presentar a las autoridades provinciales los problemas del pueblo. Fue varias veces alcalde y llegó a ser Procurador provincial y representante de la Hermandad en las Juntas Generales. Hombre culto, inteligente, ambicioso y emprendedor, no reparaba en medios para ver realizados sus planes. Pasó media vida metido en pleitos. Consiguió ser un personaje influyente; pero cuando quiso servirse de estas influencias, la paradoja de la vida le hizo fracasar. Decidió los estudios de sus dos hijos varones sin pedirles su consentimiento: a su primogénito Gabriel lo envió al Seminario de Logroño, con la intención de conseguirle un beneficio en el cabildo parroquial de Aramaiona. Para Vicente eligió la carrera de leyes. Ninguno de sus hijos llevó

a cabo los proyectos de Goicoechea: Gabriel murió en vísperas de su ordenación sacerdotal; Vicente abandonó las leyes para hacerse sacerdote. Ignacio nunca demostró demasiado afecto por Vicente; el talante bondadoso y contemplativo del hijo menor era totalmente opuesto al de su padre.

Vicente encontró desde su infancia un excelente ambiente musical en su pueblo natal. El Ayuntamiento mostraba un gran interés por el cultivo musical del pueblo; tenía un piano a disposición de los vecinos que lo solicitasen; sufragaba los gastos de la Banda de Música y del Orfeón; asignaba un sueldo al organista para que enseñara solfeo. Por otra parte, en la fonda de Goicoechea hay un piano que tocan los veraneantes que se alojan allí. Vicente acude a las clases de los organistas: aprende las primeras notas con Florentino Ugarte; Benigno Arístegui advierte el talento del niño y le enseña piano. Más tarde continuará sus estudios con Sabas Amílburu, con el que llegaría a tener una gran amistad.

Comienza sus estudios de bachillerato con el cura de Aréjola. Los continúa entre 1867 y 1872 en Vitoria; en esta ciudad perteneció al coro de la parroquia de San Vicente, estudió armonía con el señor Abad y frecuentó la casa de Mateo Benigno de Moraza, que puso un piano a su disposición. Don Mateo solía decirle: "Muchacho, hazte sacerdote y te haremos canónigo de Vitoria".

Terminado el bachillerato inicia la carrera de leyes en la Universidad de Oñate. Le sorprende la tercera guerra carlista y debe interrumpir sus estudios. Como se hallaba en edad militar, tuvo que enrolarse. La influencia de su padre consiguió destinarlo a la Intendencia Militar de su pueblo. Como este quehacer le dejaba mucho tiempo libre, lo aprovechó para estudiar a Bach, Liszt y Mercadante con su gran amigo, el organista Sabas Amílburu, con quien colaboraba en las tareas del coro parroquial. Se advierte ya en Vicente la orientación musical que protagonizaría más tarde. El y un soldado de Vitoria, compañero en la Intendencia, solían tocar el piano en la fonda para entretener a la concurrencia. Cada vez que Ignacio escuchaba a su hijo, solía decirle: "Quítate de ahí". Y dirigiéndose al vitoriano le decía: "Siéntese usted, Luis, y toque algo que valga la pena; este hijo mío no sabe tocar más que entierros".

La tercera guerra carlista fue una experiencia amarga para la familia Goicoechea. Las tropas de ambos bandos contendientes caían sobre el pueblo en alternativas y constantes incursiones y castigaban a los vecinos con violentas exacciones. El taller y la fonda de Goicoechea estuvieron al servicio incondicional de las tropas, que exigían mucho y rara vez pagaban. Para colmo, Ignacio, a la sazón alcalde en funciones, tuvo un incidente con el Cura Santa Cruz que le costó una multa de 5.000 reales. Los Goicoechea, sin clientela, arruinados y desprestigiados por la conducta ambigua de Ignacio, ya

no levantaron cabeza. Ignacio recurrió a la Diputación en su calidad de Procurador Provincial para que se obligara al Ayuntamiento al pago de los 5.000 reales. La Diputación falló a su favor. Pero el Ayuntamiento no pagó la multa. Lo único que Ignacio consiguió fue enemistarse más con el pueblo.

Terminada la guerra, Vicente continúa los estudios en Valladolid y los revalida el 20-VI-77 obteniendo el título para el ejercicio de la fe pública con la calificación de sobresaliente. Solicita la plaza de secretario del Ayuntamiento de Aramaiona. Pero el ánimo de la corporación era contrario a los Goicoechea. Se concedió la plaza a un candidato notoriamente menos apto que Vicente. Este se vio precisado a trasladarse a Lekeitio, para ganarse la vida junto a su cuñado Manuel Valdés, que llevaba la contabilidad de una empresa metalúrgica. Consiguió emplearse en la misma empresa como asesor jurídico, ocupación que le dejaba tiempo libre para cultivar su vocación: la música. En Lekeitio se había formado una notable capilla musical en torno al organista Joaquín M^a Velasco; participaban en ella músicos notables, como Buenaventura y José Luis Zapiráin, Francisco Cortabitarte y otros. Goicoechea fue pronto reconocido como el director artístico de esta capilla. En la parroquia de Lekeitio se cantaban obras de Eslava, Donizzetti y Calahorra. Vicente trató de introducir a Palestrina y Gounod, aunque estos autores gustaban poco al organista; a Velasco no le hacían feliz las trabazones contrapuntísticas y las densidades armónicas; prefería las melodías belcantista en boga, sostenidas por un acompañamiento facilón y banal. Para el coro de Lekeitio hizo Goicoechea sus primeros pinitos en composición. Sorprende que todos los títulos de un profesional del derecho sean religiosos y no se le conozca una sola nota de música profana. Su escritura es aún balbuciente; no se libra del gusto de la época y busca más la brillantez que la cohesión del movimiento sonoro. Pero desde sus primeras obras se nota en él una tendencia nueva; le gusta Gounod y escribe en la línea de este autor francés, intentando rehuir toda concesión al italianismo fácil y dulzón que imperaba en el momento.

En Lekeitio trabó una estrechísima amistad con otro genio de la cultura vasca: Resurrección M^a de Azkue. Había muchas cosas comunes en las almas de estos dos hombres. Pasaban tardes enteras charlando de cara al mar, junto al faro de Santa Catalina.

El 25 de enero de 1885 fallecía en Aramaiona Ignacio Goicoechea, cuando tenía todo preparado para trasladarse a vivir con sus hijos en Lekeitio. Vicente toma una decisión que desde niño latía en su interior intentando aflorar. A sus 32 años, solicita matricularse en el Seminario Conciliar de Vitoria, para cursar los estudios sacerdotales, pidiendo la convalidación de los estudios realizados y la posibilidad de cursar la Teología en calidad de alumno

externo, para poder costearse la carrera trabajando en la administración de una sociedad mercantil. Su petición es denegada.

Mientras su amigo Azkue cursa los últimos años de Teología, Vicente se acuerda de una familia amiga que reside en Valladolid; los señores de Eguíluz habían pasado largas temporadas en su fonda de Aramaiona, no tenían hijos y habían mostrado siempre un gran afecto por Vicente. El 28-X-88, el mismo día en que Azkue canta en Lekeitio su primera Misa, Goicoechea se afeita el bigote y se traslada a Valladolid. Es acogido como un hijo por los Eguíluz y desde su hogar puede cursar la carrera sacerdotal en el Seminario de aquella Diócesis. Quisieron además que dejara toda otra ocupación y dedicara su tiempo a ampliar sus conocimientos musicales.

Dos años más tarde se producía la vacante de Maestro de Capilla de la Catedral de la Sede Metropolitana. Vicente se preparó en Tolosa con Felipe Gorriti. Las oposiciones se celebraron el mes de septiembre de 1890. Se presentaron cuatro candidatos. El más destacado era Federico Olmeda, organista de la catedral de Burgos y célebre musicólogo. El ganador de la oposición fue Vicente Goicoechea, alumno externo del Seminario de Valladolid, quien para tomar posesión de su cargo, tuvo que ser ordenado diácono. El siguiente verano cantaba su primera misa en Lekeitio. Aún continuó otros dos años cursando Teología en el Seminario de Valladolid; pero ya no saca sobresalientes; dedica más tiempo al estudio de la música que a la Teología.

El acontecimiento de la oposición es clave en la vida de Goicoechea. Hasta el momento había demostrado una intuición musical notable; pero su bagaje técnico era aún insuficiente. Su escritura contaba con hallazgos importantes; pero su sintaxis era desigual, altisonante, imprecisa. Estaba aún en período de aprendizaje. La preparación de las oposiciones le obligó a un estudio metódico de la técnica, a una depuración de su estilo, a un conocimiento profundo de los polifonistas clásicos. El año 1890 marca el paso de la época de "los Gozos" a un período de reflexión madura, que se irá aquilatando poco a poco en sus composiciones. Estas llevarán en adelante el sello innegable de la personalidad de su autor.

III. LA MUSICA RELIGIOSA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

La música de Iglesia se encontraba en una situación lamentable cuando nació Vicente Goicoechea. Era la consecuencia final de una larga decadencia que había comenzado en el Renacimiento. Desde este momento hasta el Romanticismo se opera en la música culta un largo proceso de desacralización; la música eclesiástica queda en manos de ineptos, que la sumen en la más honda degradación.

En la Edad Media la cultura se había refugiado en los monasterios. En consecuencia, toda la música culta es religiosa. Es el momento del Canto Gregoriano, modelo último que se contempla en las normas pontificias. Con el "Ars nova" la música sacra adquiere un desarrollo polifónico que desemboca en las obras maestras de los renacentistas Palestrina, Victoria y Laso.

Durante el período barroco se compone música religiosa de calidad. Pero la música culta se ha emancipado de la influencia eclesiástica y ha emprendido una andadura por nuevos derroteros. Monteverdi ha descubierto el camino de la ópera, mientras los constructores de instrumentos de cuerda de Cremona (Stradivarius, Guarnerius etc.) fabrican unos instrumentos perfectos que alentarán a los compositores a escribir formas puramente instrumentales.

Todavía los grandes del período clásico escribirán obras para la liturgia. Haydn y Mozart, algunas; Beethoven, muy pocas. Durante el Romanticismo, salvo alguna obra para órgano de Mendelssohn y de Liszt, los autores de primera línea no escriben música sagrada.

En cuanto a la liturgia romana, tras la amarga experiencia de la Reforma protestante, se encerrará en el convencimiento del valor sacramental de sus ritos (el valor "ex opere operato") sin importarle la vivencia cultural de los fieles (el valor "ex opere operantis"). Estos asisten sumisos a una Liturgia lejana e ininteligible, que se aferra a un latín que ya nadie entiende. Se va haciendo cada vez más tupida la verja que separa al público del altar. En compensación los profesionales del culto buscan el brillo de un ceremonial solemne para asombrar a ese público que no comprende nada. Se multiplican los motivos ornamentales. La música abandona las formas sobrias y directas de épocas anteriores y cae en convencionalismos y artificios extravagantes. Se supedita el sentimiento a la brillantez; se sustituye el arte por el artificio.

Se inicia así una decadencia que a mediados del siglo XIX alcanza unos niveles increíbles. Refiriéndose a la música de Iglesia escribía el P. Jerónimo Feijóo en 1726: "El que menos mal lo hace, parece que estudia en cómo lo ha de hacer mal". Un siglo más tarde, en 1848, Ricardo Wagner afirmaba: "Es preciso devolver a la música sagrada su dignidad, ya casi del todo perdida y su carácter de elevada piedad".

Si en Europa era alarmante la situación de la música sagrada, en España era caótica. La frontera cultural de los Pirineos impidió a los músicos españoles enterarse de lo que en Europa escribían Bach, Beethoven y Wagner. Durante dos siglos la música nacional estuvo dirigida por italianos (Scarlatti, Boccherini, Farinelli y Piermarini) que introdujeron el gusto por lo italiano e impidieron todo contacto con el desarrollo centroeuropeo. Las sinfonías de Beethoven se escucharon por primera vez en Madrid a los 50

años de la muerte de su autor. Al ser el nivel general de la música mucho más bajo que en el resto de Europa, se explica que la degradación de la música religiosa fuera total.

Hay sin embargo en la Península algunos oasis en medio de esta devastada situación. La proximidad de Francia posibilita en el País Vasco y en Cataluña un contacto con los movimientos culturales del país vecino. No en vano los únicos nombres que durante el siglo XIX traspasan los Pirineos son vasco-navarros, catalanes o vasco-catalanes: Juan Crisóstomo Arriaga, Pablo Sarasate, Julián Gayarre, Isaac Albéniz y Enrique Granados.

En el caso concreto de Euskadi juega un papel muy importante la Bascongada de Amigos del País. Esta Sociedad es el cauce de penetración de la influencia europea. Como en los demás aspectos del saber, también en música mostraron una gran inquietud sus fundadores. El Conde de Peñafiorida componía obras, convocaba reuniones musicales en Azkoitia y Bergara y formó en Donostia una orquesta que daba conciertos de gran resonancia. Junto a Peñafiorida suenan en las filas de los Caballeritos los nombres de músicos notables, como Manuel de Gamarra, José de Larrañaga, Juan Andrés Lombide, etc. Gracias a su gusto e influencia funcionan desde principios del XIX en las cuatro capitales vascas unas Academias y Sociedades Filarmónicas que dan un gran impulso al nivel musical del País. Beethoven y Wagner son conocidos en las Sociedades Filarmónicas del País Vasco muchos años antes que en Madrid. Por eso no fue tan grave al deterioro de la música sacra como en el resto de la Península. Entre autores tan nefastos como Prado, Hernández y Calahorra, se escuchan obras muy aceptables de Hilarión Eslava, Ambrosio Arriola y Felipe Gorriti, tal como lo reconoce el Primer Congreso de Música Sagrada, celebrado en Valladolid el año 1907. Es importante este dato, porque nos revela que en Euskadi no desaparece el buen sentido musical, y la antorcha de la restauración pasa de las manos de Eslava a las de su discípulo Gorriti, y de las de éste a las de Vicente Goicoechea. Al aramaiotarra le corresponderá la tarea de difundir este espíritu por toda la nación.

IV. GOICOECHEA EN LA RENOVACION DE LA MUSICA RELIGIOSA

Cuando Vicente Goicoechea se hizo cargo de la capilla musical de Valladolid, el repertorio que se cantaba en aquella catedral no difería del común del resto de la nación. Se interpretaban obras de los inevitables Prado, Hernández y Calahorra, música verdaderamente ramplona y detestable. Goicoechea ya había tratado de desterrar estos autores del coro de Lekeitio. Ahora su responsabilidad es mucho mayor. Inicia una honda labor de reforma,

que llevará adelante de acuerdo con las características de su carácter: mucha calma y modestia, pero un tesón indomable.

En Europa habían nacido mientras tanto algunos movimientos importantes de restauración de la música sacra. En la abadía francesa de Solesmes los monjes dom Gueranger, dom Mocquereau y dom Pothier luchaban por rescatar el Canto Gregoriano. En Ratisbona Carlos Proscke, F.X. Witt y Michael Haller habían creado una escuela de recuperación de la polifonía clásica. Goicoechea sigue de cerca estos movimientos. Estudia sin descanso a los polifonistas clásicos: Guerrero, Morales, Victoria, sobre todo Palestrina, cuya normativa dominará con una profundidad sorprendente. Paulatinamente va introduciendo las obras de estos autores en el culto de la catedral. Asume la formación musical del Seminario de la diócesis, en el que establece clases de Canto Gregoriano y Polifonía, cosa inusitada entonces; forma una "Schola Cantorum" en el Seminario y un Orfeón con los estudiantes vasco-navarros de la Universidad. Envía a su sobrino Julio Valdés a Ratisbona, para que alcance una formación sólida. Y sigue escribiendo música. Su estilo es ahora notablemente más depurado que en la primera época. De algunas obras escritas en 1889 decía el P. Otaño que nadie componía como él en aquellos tiempos; a partir de 1890 las obras de Goicoechea se adelantan y preparan la gran reforma de San Pío X. De estas fechas datan tres composiciones preciosas para la Navidad: los "Maitines", las "Kalendas" y los "Responso-rios". Compuso también varios motetes acertadísimos: "O Cor, amoris víctima", "Ave, verum Corpus" y "Tantum ergo en SOL".

Con el paso del siglo la trayectoria de Vicente es firme y decidida. Ya no se siente solo en la labor de depuración de la música sagrada. La reforma ha tomado cuerpo en todas partes. Nacen en estos años, entre 1902 y 1904, sus obras más conocidas: el "Oremus pro Pontífice", que más tarde transformará en "Ave María" (en esta versión la escucharemos al Coro Araba), el salmo "Credidi", su célebre "Misa en honor de la Inmaculada Concepción", el salmo "Miserere" y el responso "Christus factus est",

En 1903 muere León XIII, el Papa de las grandes encíclicas sociales. En un cónclave de tormentosas intromisiones políticas es elegido José Sarto, un hombre de procedencia humilde, que ha sido párroco rural y que sólo intenta ser un buen párroco de la Iglesia Universal. No tiene pretensiones intelectuales; únicamente quiere que funcione la vida interna de la Iglesia. Para ello toma unas decisiones que desde nuestra óptica pueden parecer reaccionarias. Su primer documento será el Moto Proprio de septiembre de 1903, en el que establece la reforma de la música sagrada, sobre las bases de una recuperación del Canto Gregoriano y de la polifonía palestriniana.

Goicoechea lleva 13 años empeñado en esa labor. Se ha adelantado al documento pontificio en todas las obras compuestas durante este período. Su prestigio es enorme. Valladolid se convierte en el cenáculo musical del que arrancará todo el movimiento renovador de la música litúrgica. Con el maestro de capilla trabajan el gran sinfonista y autor de óperas Vicente Arregui y el sinfonista Facundo de la Viña. Pronto acudirán los jóvenes que sienten inquietud por la dignificación del canto sagrado. En contacto directo con Goicoechea se formarán Nemesio Otaño, José M^a Olaizola y Marcelino Villalba; bajo su orientación estudiarán Julio Valdés, Francisco Pz. de Viñaspre y José M^a Vír gala.

Las ideas de este círculo cristalizarán en el Primer Congreso de Música Sagrada que se celebra en Valladolid los días 26, 27 y 28 de abril de 1907. De todo el estado, pero sobre todo del País Vasco, la asistencia es masiva. El P. Otaño es quien lleva la voz cantante del Congreso; pero a su lado está constantemente el verdadero motor, eficaz, llamado: Goicoechea. En este primer Congreso se inicia a nivel nacional la empresa de reformar la música sagrada. Se toman decisiones importantes: la formación musical en los seminarios, la recuperación del Canto Gregoriano y de la polifonía clásica, la potenciación de nuevas composiciones /ajustadas a las normas de los documentos pontificios. Como vehículo de estas inquietudes se funda la revista MUSICA SACRO-HISPANA, que comenzará editándose en Valladolid, para trasladarse después la redacción a Bilbao y Vitoria.

A partir del congreso, Goicoechea deja la iniciativa de la restauración en manos de sus seguidores y se escuda en un segundo plano. Su salud no es buena. Sin perder contacto con sus colaboradores, lleva una vida retirada y se dedica primordialmente a la composición. Su fama traspasa las fronteras españolas. La "prensa extranjera, dirá el P. Otaño, al analizar sus obras, con extraña uniformidad lo llama jefe de la joven, gloriosa escuela española de música sagrada". Los jóvenes de esta escuela le muestran una veneración incondicional. La revista MUSICA SACRO-HISPANA lo menciona siempre con el apelativo de MAESTRO. Lo reconocía el P. Otaño al escribir: "los jóvenes lo consideramos nuestro jefe y maestro... es nuestro jefe espiritual en arte; en nuestro interior lo hemos erigido como maestro al estudiar sus obras". Al estudiar sus obras y al tratarlo como persona, añadiría yo. Vicente Goicoechea fue un buen cura vasco, bondadoso y exageradamente modesto; además sabía mucha música. He tenido la suerte de hablar con personas que lo conocieron personalmente. Todos coinciden en subrayar su gran bondad. De ahí la veneración con que hablan de él. El P. Otaño le tenía afecto filial, incluso cuando le reprendía. D. Mateo Múgica se transportaba cuando hablaba de Goicoechea. Lo mismo podríamos decir de Resurrección Azkue, Francisco Viñaspre y Julio Vadés. Hay una anécdota contada por Viñaspre, que ilustra el

prestigio de que gozaba Goicoechea aun fuera del ámbito de la música eclesial. En 1914 José Mari Usandizaga obtenía un éxito clamoroso en Madrid con el estreno de "Las Golondrinas". Se reponía poco después la obra en el teatro Calderón de Valladolid. Goicoechea asistió al estreno en compañía de su inseparable amigo Viñaspre. Usandizaga, que se hallaba entonces en el pedestal del triunfo, tras dirigir la Pantomima subió al palco de Goicoechea con la partitura en la mano para pedirle su parecer.

Realmente Goicoechea tuvo unas extraordinarias cualidades artísticas. La somera iniciación musical de Aramaiona, la posterior práctica en Lekeitio y las pocas lecciones que recibió de Gorriti, no explican su perfección formal. La única explicación convincente es que estuviera dotado de una intuición musical de primerísimo orden. Goicoechea es el único autor de música sagrada del estado español, posterior a T. L. de Victoria, interpretado fuera de España. Ya durante su vida se le cantaba en el Duomo de Milán y en Roma; Julio Valdés llevó sus obras a Ratisbona y de allí se extendieron al repertorio de los coros alemanes; pasaron más tarde a Inglaterra y su Misa se cantó en la abadía de Westminster. Saltaron el charco y se difundieron por países sudamericanos.

Por supuesto no todo es perfecto en el maestro aramaiotarra. Goicoechea es un músico netamente vocal. No escribió música instrumental pura. Sobre todo en su primera época utilizó la orquesta o la banda de música para acompañar al coro; son obras grandilocuentes y faltas de convicción. Nunca conoció a fondo la técnica de la instrumentación. Tampoco fue un gran organista y esto se nota en el acompañamiento organístico de sus obras, en las que este instrumento se limita a sostener las voces sin aportar gran cosa como elemento de personalidad propia. Por otra parte, excesivamente sumido a las orientaciones pontificias, contrarias a todo modernismo, aunque aporta una concepción armónica nueva y una inspiración joven y fresca, contempla demasiado a los clásicos de siglos pasados, olvidando que sus contemporáneos Debussy, Strawinski y Schönberg han roto los moldes tradicionales. (El P. Donostia tuvo una visión más acertada. También es verdad que Lekároz está más cerca de Francia que Valladolid).

Salvadas estas limitaciones, podemos afirmar que la música vocal de Goicoechea es perfecta. Lo posee todo: admirable sentido armónico, conocimiento pleno del contrapunto, dominio absoluto de las posibilidades vocales: hace cantar a las voces en el lugar exacto que les corresponde, virtud en la que también coincide con T. L. de Victoria. Cuantos hayáis interpretado obras de estos dos autores (alavés el uno, de origen alavés el segundo) reconoceréis que se cantan a gusto, demostración inequívoca de que las voces se mueven precisamente en el lugar debido. Poseedor de una gran perfección formal, Goicoechea sabe hacer música; esto es: hace fluir los elementos sonoros con

una gran lógica, cada cosa está en su sitio, la proporción de las partes es la precisa, el desarrollo de los temas es correcto. Su inventiva construye frases de una nobleza extraordinaria, por ejemplo el "Et incarnatus est" de su Misa; el "quod est super omne nomen" del "Christus factus est"; el arranque del "Tantum ergo" que cantará al final el Coro Araba; el "Sancta María", que, según Busca Sagastizábal, es la frase más apasionada que se ha escrito en música religiosa. Su Misa está repleta de aciertos, como las modélicas progresiones del "Crucifixus".

Vicente Goicoechea cultivó mucho la amistad. Lo apreciaban cuantos lo conocían. Tenía muchos y buenos amigos en todas partes, pero sobre todo en el País Vasco. Aprovechaba las vacaciones para volver a su tierra. Disfrutaba visitando a sus viejos amigos. De él me han hablado quienes lo conocieron en el Carmen de Vitoria; en Mondragón, donde residía en casa del párroco José Joaquín Arín, fusilado durante la guerra por las tropas nacionales; en Lekeitio, donde disfrutaba charlando con Azkue; en Donostia, donde en cierta ocasión escuchó Parsifal en compañía de su inseparable Viñaspre y al final de la escena de la Consagración exclamaba: "¡Qué horizontes, Patxi!".

Pero no volvió a visitar Aramaiona. Sus paisanos, sobre todo el clero y la corporación municipal, guardaban un mal recuerdo de los Goicoechea. En 1899 Vicente compuso una Misa para las Fiestas Eúskaras que se iban a celebrar en el bellissimo pueblo alavés; el Ayuntamiento y la parroquia rechazaron la Misa de Vicente y eligieron para el acto una de Felipe Gorriti. Vicente no guardó rencor a su pueblo por el desprecio; era demasiado bueno para hacerlo. Quizá temía volver a Aramaiona por el temor de no ser bien recibido por sus paisanos. Pero no perdió el afecto por los suyos: mantuvo su amistad con Sabas Amílburu con quien se relacionaba por correspondencia; los primeros beneficios que ganó con sus composiciones, los envió para el sostenimiento del hospital de Aramaiona; en su testamento dejó para su pueblo una cantidad económica y para la parroquia los objetos que más quería; inculcó en su sobrino Julio el gran afecto que sentía por Aramaiona, de lo cual soy yo testigo.

Aramaiona no cayó en cuenta de la grandeza de su hijo más ilustre hasta que éste murió. Entonces preparó el grandioso acto de octubre de 1916, al que acudieron las más destacadas personalidades del País, para rendir un merecido homenaje a este bondadoso sacerdote, cuya vida había transcurrido en su mayor parte lejos de su pueblo natal.

SABIN SALABERRI URZELAI